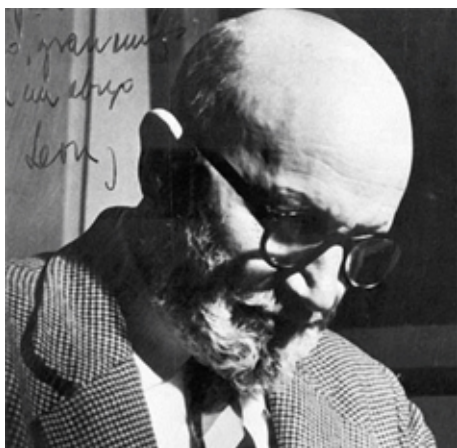


Callejón del Gato

De la Dalia a Miguel Schultz

José Ramón Enríquez



León Felipe

Continuación de Madero, corre la avenida Juárez que bordea la Alameda y a la cual se asomaba el Hotel del Prado que derrumbara el temblor del 85. Con el hotel desapareció también el Sorrento, café que albergaba la tertulia de León Felipe, ese viejo poeta que fue uno de los símbolos del exilio republicano español en México. En el Sorrento, aún de la mano de mi padre, lo vi por primera vez, para seguir acercándome a su mesa según mi timidez lo iba permitiendo. Más adelante corre la calle de Morelos en la que estaba la casona del Ateneo Español de México, sitio de encuentro de los refugiados, donde vi al poeta varias veces y le escuché poemas que me fundamentaron.

Viejos barrios se abren desde ahí. Dos fueron los de mi infancia: San Rafael y Santa María La Ribera, divididos ambos por lo que algún día fue un canal que unía la ciudad de los aztecas con el pueblo de Tacuba. A ese canal, hoy rebosante de coches en vez de agua, se le conoce como la Ribera de San Cosme. Cuando volvía de la escuela que estaba en la parte más moderna de la ciudad, tenía dos posibilidades: o el camión me dejaba en Sullivan y

Serapio Rendón, o en Serapio Rendón y San Cosme, frente al imponente Cine Ópera, para que tomara otro camión y llegara hasta la calle de Naranjo, a pocas cuerdas de la Alameda y cerca de esa calleja mínima que era la mía, la de la Dalia.

Chop calle llamamos en Mérida a las que topan con pared. Callejones, pues. Y era así la Dalia. Por eso, desde que supe por mi padre, ferviente lector de Valle-Inclán, del Callejón del Gato y del Madrid de los Austrias, decidí imaginarme así a la Dalia y reinventarme desde la infancia frente a sus espejos cóncavos y convexos para salir a la Calle Mayor que debía estar en algún sitio igual a la Santa María y a la San Rafael. Nada era verdad, pero a nadie debe negarse el humano derecho a mentir o imaginar. A fin de cuentas, el Callejón del Gato se llama en verdad Calle de Álvarez Gato y el retrato del poeta, cristiano nuevo y servidor de Enrique IV, que está en su pared en nada se parece a Max Estrella o, para ir más adelante con mis ensoñaciones, en nada se parece a León Felipe. Como León Felipe en nada se podría parecer a Max Estrella ni su poesía, épica o mística, nada tendría que ver con esperpentos. A no ser que se invente y yo inventaba mucho aquellos años, e invento hoy.

Para mi viaje de la Dalia a Miguel Schultz, debía cruzar Santa María y San Rafael prácticamente enteras. No era el Madrid de los Austrias, pero ahí, en Miguel Schultz, creo que casi esquina con la antigua calle de las Artes, estaba el piso del viejo poeta y profeta, “el español del éxodo y del llanto” que llegó, con su voz estentórea, a la Ciudad de México para que nadie olvidara, para profetizar visiones quijotescas, para darnos lecciones con su sola presencia.

O tomaba el Santa María-Mixcalco que anunciaba su paso por Artes en el parabrisas o me iba a pie hasta Miguel Schultz, muchas veces tan sólo para pasar por debajo del balcón en el que yo sabía que leía, soñaba, dormitaba o escribía el poeta. Según me torturaba la timidez, o si contaba con la ayuda de mi padre, subía o no a visitarlo, deseoso, sí, de que hablara de España o de poesía, pero más de los versos míos que alguna vez le había dejado y que nunca he sabido si leyó completos o si me hablaba con cariño al vuelo de alguna frase vista al azar.

Pero nunca tuvo hacia mí la crudeza que Juan Ramón Jiménez tuvo hacia él. Quizá porque recordaba la crueldad de Juan Ramón o por una simple cuestión de proporciones. Pero esa generosidad fue la primera de las muchas lecciones que me dio León Felipe. La siguiente, su único consejo: precisamente por sus lacónicas y poco felices pláticas con Juan Ramón él había decidido encontrar su propia voz, gustase a quien gustase, y a volverse “el más destemplado y rebelde de los poetas españoles”, como lo llamaría Juan Rejano. Eso debería hacer cualquier poeta nuevo: buscar la propia voz y escucharse a sí mismo, gustase o no gustase a los contemporáneos, tuviera o no tuviera alguna posibilidad hacia el futuro.

Para bien o para mal, nunca salí de Miguel Schultz como él saliera de ver a Juan Ramón. “No sintió rencor, sí una tristeza que fue convirtiéndose en una ansiedad, en un deseo de acabar con todo”. Después tiró los brillos, los sonidos y consonancias para escribir, “en dos o tres meses, nada más”, nos cuenta Luis Rius, “*Los versos y oraciones del caminante*”. Fue algo hecho sin esfuerzo. El esfuerzo tenaz, agotador, brutal, había sido vivir”. **U**